Sobre la contradicción: Chirbes, de cuerpo entero

Joaquín PARELLADA
GICES XIX

Cuando redacto estas líneas, el primer volumen de los *Diarios* (*A ratos perdidos, 1 y 2*, Anagrama, 2021) de Rafael Chirbes, ya ha sido reconocido como el libro del año, por parte de setenta y cinco expertos. Distintos medios le han dedicado buen número de reseñas (de variopinta índole, todo hay que decirlo). De estas quiero destacar un par, no solo por coincidir con sus autores: también por considerar que sus argumentaciones son estrictamente literarias. Me refiero, en primer lugar, al texto de Fernando Valls que sirve de prólogo al libro (aunque no sea una reseña, formalmente hablando) y a la de Jordi Llovet (2021). Esta última tiene tanto más valor cuanto que el autor, en su columna del suplemento catalán de *El País*, se dedica habitualmente a reseñar libros publicados en esta lengua. Se entiende que hace una excepción –aunque aproveche para glosar comentarios de Chirbes sobre Pla, Joan Fuster o el *Tirant lo Blanc*– porque considera el libro “imprescindible”, propio de un gran novelista que también es un intelectual robusto, en cuya exigencia moral la virtud y la bondad se unen a la belleza.

El prólogo de Fernando Valls –veinte páginas exhaustivas, de imprescindible lectura en mi opinión– enmarca el libro de Chirbes en la tradición diarística, señala alguna de las oposiciones en las que se mueve el libro (lo popular frente a lo culto; lo privado frente a lo público) o explicita su carácter íntimo, con reflexiones metaliterarias (sobre el narrador compasivo, por ejemplo) y nos lo muestra “grave y jocoso, irónico y punzante, según exija el relato” (Valls, 2021: 49), sin olvidar que el texto que leemos es una reelaboración diez o quince años posterior a la escritura de los cuadernos que le sirven de base, a veces tras pasarlo a limpio “por enésima vez” (Chirbes, 2021: 210). En fin, nos apunta un detalle muy relevante para nuestros intereses: Chirbes se volcaba también en las cartas.

La importancia de esta última información tiene que ver con la voluntad del autor, que siempre quiso “escribir lo que fuese, pero ser escritor” (lo leemos en una de las primeras entradas: 10 de marzo de 1985). Chirbes convierte voluntariamente en literatura todo (o casi todo) lo que escribe (incluidas algunas cartas, afirmamos). Es verdad que su carácter autocrítico le hace ver algunos textos suyos, como “los reportajes que he hecho para *Sobremesa*” como textos con menos pretensiones literarias: aquí se trataba, simplemente, “de aprender algo para contárselo a otros” (2021: 354). Y sin embargo de algunos de estos artículos han surgido los textos de *Mediterráneos*; eso sí, de nuevo tras una ‘reescritura’ (lo ha estudiado Jacobo Llamas en artículo citado por Fernando Valls).

En estos diarios ensaya un género nuevo, pero sigue haciendo literatura: todo lo que hay en este volumen (y, no tengo dudas, en los que seguirán) es literatura de primera calidad, sin matices morales ni paños calientes puritanos (la literatura no juzga estas cuestiones). Un texto canónico, en resumen.

Hasta ahora nos había ofrecido novelas, cuentos, libros sobre ciudades y un par de volúmenes con reflexiones literarias (llamarlos de ‘crítica’ sería tan injusto como llamar “libros de viajes” a aquéllos). En los *Diarios*, por su parte, encontramos muchas cosas: aspectos de su vida privada, un buen puñado de reseñas y notas sobre libros (le llenan de alegría –¡a quién no!– las *Memorias* de Corpus Barga), comentarios sobre arte (recomiendo las páginas sobre Caravaggio, al final del libro), bastantes *tranches de vie* excelentemente contadas (a veces cómicas, a menudo trágicas), un amplio anecdotario de la estupidez humana... Pero todos estos aspectos por sí mismos serían poca cosa si el autor no hubiera querido (y logrado con brillantez) ensamblarlos con un fin literario, buscando una unidad artística, a la vez ética y estética, como afirmaba Llovet.

Antes de abordar ese ensamblaje, hay que partir de una premisa: los cuadernos y los *Diarios* no son lo mismo. Algunas afirmaciones así lo indican: “Este cuaderno no tiene voluntad de permanencia” (Chirbes, 2021: 107) o “¿Por qué tener pudor también aquí en la intimidad de un cuaderno escrito para nadie?” (137). En los *Diarios* sí hay voluntad de permanencia (si no, Chirbes no los hubiera preparado para su publicación) y el concepto de pudor y de intimidad transmuta cuando el autor decide incluir determinados fragmentos. Su idea del pudor está más relacionada con la revelación de las costuras de su obra que con determinadas escenas de su vida íntima. Lo que le parece impúdico a Chirbes no es relatarnos una “noche atroz de descenso a los infiernos” (149), sino la “excesiva preocupación” de algunos novelistas “por enseñarnos la mesa de carpintero que han recibido en herencia... Del carpintero queremos una buena mesa, y no que nos explique lo complicado que resulta ajustar las piezas y encolarlas.” (Chirbes, 2010: 211).

En cuanto al contenido del libro, uno de los elementos esenciales para ir avanzando es, creo, el contrapunto (el mismo contrapunto del que nos habla, por ejemplo, cuando analiza un cuadro de Courbet). Así, en los primeros compases se habla sobre todo del dolor físico. Dolor que le sirve para recordar una de las ideas recurrentes en sus novelas: “el cuerpo como depósito de la enfermedad, de lo sucio y despreciable” (Chirbes, 2013: 134; ‘el hombre como saco de estiércol’). Son apenas diez páginas (Chirbes, 2021: 63-72) –parecen muchas más, tal es la intensidad de las descripciones– que terminan con el inicio de una relación amorosa de la que nos seguirá hablando a lo largo de las siguientes entradas. Esta relación dará lugar a nuevas formas de oposición entre amor y dolor (físico o moral).

De esta desazón física forman parte también los vértigos (hay una descripción magistral en una página y media, 194-195). Estos le provocan cansancio y sensación de inseguridad, de fragilidad, de angustia (“me angustia algo espeso, una especie de jungla de terminaciones nerviosas que crece desbocadamente...”, 397); lo que conlleva inactividad, pereza, sensación de mediocridad, de desorden. Se siente condenado “a

tener la cabeza a punto de estallar, un *pot-pourri* en el que hierve todo mezclado, mal troceado, mal aliñado” (401).

Así entramos en una nueva oposición que se convierte en uno de los ejes de esta primera entrega: el orden frente al desorden. Parece anhelar el primero (“No debían dejarnos nacer sin garantizarnos un poco de ese trasunto de la felicidad que es el orden”, 125), pero enseguida se rebela “contra esa visión lastimera”. Ese desorden de lo que le rodea es, a su vez, un reflejo del desorden interior (368). La última página de este volumen es significativa: “Cada día me falla más la memoria, la capacidad para ordenar los materiales, la voluntad” y sin embargo acaba aferrándose a la literatura “como criada que te ordena la casa”. Idea que ya había enunciado en *El novelista perplejo* (Chirbes, 2002: 69-70): “escribo para conocer ese desorden”.

Podríamos recoger más citas que evidencian otras oposiciones, las ya mencionadas al principio entre lo privado y lo público (“Lo íntimo en conflicto con lo público como eje narrativo”, Chirbes, 2021: 263), o entre lo culto y lo popular: resulta muy sugerente la alusión a los *raznochíñets*, esos intelectuales de origen plebeyo, a los que alude en la entrada del 6 de enero de 1986. O la percepción del castellano como “una lengua extraña, en cuyo ámbito ingresé a los ocho años” frente a su lengua materna, que recupera cuando se instala en Beniarbeig: “Son contradicciones que están en mi obra, en mí, que soy un escritor valenciano que ... nació en una familia y un pueblo que hablan en valenciano...” (Chirbes, 2002: 135).

Pero lo que finalmente nos interesa es cómo resuelve, o intenta resolver, todas esas contradicciones. A veces, parece que no hay solución: “Quieres tener y salvarte, las dos cosas. Eres un hijo de puta” (Chirbes, 2021: 182). Pero en otro momento confiesa: “Digamos que en literatura no se trata de enfrentarse a los problemas de este o de aquel, sino -contando lo que sea- proporcionarle al lector instrumentos que le ayuden... ponerlo ante esas contradicciones que solo a él compete enfrentar” (233). Sus contradicciones son también las de sus lectores.

Estas contradicciones que vertebran los *Diarios* (todavía en la página 398 decide releer *Sobre la contradicción*, el libro de Mao, lo que nos lleva a pensar en un origen político de estas reflexiones), son las que le permiten a él y al lector ir avanzando en la lectura con variedad, con contraste: el tono importa más que el contenido.

Pero este “materialista radical” (2021: 361), que siente el “placer casi infantil de ir llenando con mi letra hojas de cuaderno” (339), que disfruta comprando nuevas estilográficas y bellas libretas, goza también con los paisajes y las ciudades, de las que nos ofrece descripciones llenas de emoción y vida. Ciudades en las que ha vivido, como Madrid (que un buen día encuentra muy hermosa “como esa novia fea... que, el día de la boda, atrae las miradas” 2021: 88) o la *banlieu* de París “con su tristeza hereditaria” (106), descrita desde el Talgo; Roma, “la ciudad que más me gusta”(177); Valencia o Denia por las que siente melancolía “del paraíso perdido” (194), en una mirada a la vez nostálgica y elegiaca muy parecida a la de Vázquez Montalbán por Barcelona. Con algunos de estos textos (y otros que aparecerán, creemos, en las próximas entregas) llegó a pensar en un ‘re-viajero sedentario’, como nos confesó en un correo electrónico a

Teresa Barjau y a mí (14 de julio 2013) tras nuestra entrevista en Beniarbeig. Textos, de nuevo, donde la voluntad de estilo se impone.

Quedan otros muchos aspectos que el lector descubrirá por sí mismo, pero no me resisto a terminar sin aludir a la tradición en la que Chirbes se inscribe: en el ámbito europeo (centroeuropeo, para ser más exactos), Thomas Mann, Musil y su admirado Hermann Broch; en el español: Galdós, Cernuda y Max Aub. A tres de ellos alude en una entrada de la página 263. De Broch anota esta frase: “[se trata de] liberar la actividad artística de la tarea decorativa y reafirmar su función ética”, algo que Galdós “resolvió estupendamente” (2021: 263) y que Cernuda vio muy claro. Tan claro como lo ha visto Chirbes en las páginas contradictorias de estos *Diarios* espléndidos.

BIBLIOGRAFÍA

- CHIRBES, Rafael (2002): *El novelista perplejo*, Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, Rafael (2010): *Por cuenta propia. Leer y escribir*, Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, Rafael (2013): *En la orilla*, Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, Rafael (2021): *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*. Barcelona: Anagrama.
- LLOVET, Jordi (2021): “Ètica i estètica de les lletres”, *El País. Quadern*, 28 de noviembre.
- VALLS, Fernando (2021): “Prólogo: Vida, opiniones y escritura de Rafael Chirbes”, in Rafael Chirbes: *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*. Barcelona: Anagrama, pp. 39-58.